

mejor y sienten más profundamente. Ahora, Jesús, teniendo una naturaleza humana la más delicada, la más fina, digamos la más inteligente, sin discusión, sin igual, y la más amante, Jesús ha debido sufrir, en su organización admirablemente adaptada á su inteligencia y á su delicadeza humana, sufrimientos sin nombre, y se puede decir que ha subido hasta el último peldaño todos los grados de la escala del dolor.

Nosotros vamos á seguirle solamente en la cruz. Estaba escrito en el libro sagrado de su pueblo que él debía ser crucificado, y él mismo lo había anunciado diciendo: "Yo seré bautizado con un bautismo de sangre, y tarde se me hace para que este bautismo se cumpla." El había dicho también: "Voy á encender un fuego sobre la tierra, y tarde se me hace que esté encendido." Y ese fuego debía consumirlo á él, el primero.

La crucifixión es el suplicio más espantoso que haya sido inventado por la crueldad humana. Cosa admirable, los judíos no crucificaban, y Jesús, que pertenecía á la nación judía, ha sido crucificado y lo fué por haberlo pedido así su pueblo. Los romanos, no crucificaban á sus propios conciudadanos, los mataban á cuchillo. Era más noble. Pero si los ciudadanos romanos morían á cuchillo, los habitantes de las provincias conquistadas eran crucificados como esclavos; muerte ignominiosa, reservada á la clase de hombres más altamente despreciados. Este suplicio era atroz, porque la muerte era lenta, porque dejaba en todas sus facultades á la víctima que se veía morir lentamente con ignominia, expuesto desnudo ante toda una multitud, ante todo un pueblo.

Este suplicio tenía lugar en pleno día y cualquiera que pasase por el camino, en el cual estaba levantada la cruz, podía mirar, insultar ó compadecer al crucificado. Lo que

contribuía también á la dureza de este martirio atroz era la sed devoradora, la fiebre horrible que consumía al crucificado. Jesús ha conocido este dolor. Ha conocido igualmente otro, el dolor que le venía de todo este pueblo que le rodeaba. En ese momento y en esa multitud delirante reinaba una especie de contagio de ultrajes: se trataba de quien blasfemara más. Recordaban las palabras que había pronunciado Jesús y hacía de ellas un arma en su contra; porque él había dicho: "Destruiré el templo y lo reedificaré en tres días," se lo recordaban como una blasfemia digno de muerte. También le reprochaban con ironía su filiación divina.

—¡Ah! tú te decías el Hijo de Dios!... Y bien, pruébalo, ¡desciende de esa cruz! En plena agonía del suplicio le dirigían esas provocaciones. Cuando él se llamaba Hijo de Dios, no se le escuchaba, su palabra no podía nada y ahora que estaba clavado en la cruz se le decía: Responde, pues, y que al menos Dios te salve, puesto que eres el Hijo de Dios."

¡Qué vileza!

Yo he oído á un hombre de talento que me dijo: "Si Jesús era Hijo de Dios, debió en ese momento hacer saltar los clavos de su cruz, caer entre las multitudes y exclamar: "El Hijo de Dios, ¡helo aquí!"

¡Qué desconocimiento de las cosas divinas!

No es por la brutalidad de la luz, sino por la suavidad de la persuasión como Dios quiere que se abran á él los corazones.

Hé aquí los ultrajes y las injurias que Jesús debió de sufrir cuando arrojó ese grito de angustia en un dialecto que no fué comprendido de ciertos romanos: "¡Elohim! Elohim!" lo que quiere decir: "¡Dios mío, Dios mío!" Los que no lo entendían, dijeron: llama á Elías. Y se chan-

ceaban con esa crueldad inconsciente que es uno de los rasgos más malvados de la humanidad y que invade á la multitud cuando asiste curiosa á una muerte sangrienta.

El ha conocido este suplicio. Toda su doctrina, todo el bien que ha hecho, todo su poder está allí. Su Padre no descendía para salvarle, había llegado la hora en que le entregaba á todos sin defensa. Tenía allí amigos; su Madre, Juan, las santas mujeres. ¿Qué quereis? La Madre tenía la angustia que la traspasaba como con siete hierros. Sus amigos no podían nada y su importancia era para ellos una nueva tortura. Había también allí sacerdotes, el gran sacerdote, y todo lo que había de respetable en el país; pero estos lo insultaban sin piedad, con la ironía propia de gentes distinguidas

No os he dicho aún lo que hubo de más terrible, de más cruel, de más atroz en el abismo de males en que Jesús había sido arrojado por la voluntad de su Padre.

Podemos ser torturados en nuestros miembros, como todos los mártires, abandonados á las bestias ó á la furia de los hombres, más dura que la furia de las bestias, ser devorados por la fiebre de la muerte, sentir nuestro corazón reducido al estado de piedra, calcinado por la llama del dolor; podemos estar expuestos á todos los insultos, á los del pueblo inconsciente y brutal, á los más refinados pero más amargos de las gentes instruidas; á los del poder político que se venga y á los del poder religioso que anatematiza, ¡qué digo! podemos ver á nuestros amigos, testigos impotentes de nuestro suplicio y centuplicando nuestro dolor por su propio dolor; pero hasta en este lamentable estado, un supremo refugio nos queda, inaccesible á la violencia y al odio de los hombres: la conciencia, y en la conciencia, Dios, Dios que ve la justicia y que la ama, Dios que quiere la abnegación y que la reconoce, Dios que quie-

re el sacrificio y que lo bendice, Dios que quiere nuestra angustia y que la dulcifica.

Jesús, en la hora misma en que exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis abandonado?" Jesús, que tenía en él la divinidad, en su inteligencia y en su voluntad; Jesús, en un momento rechazado por su Padre, que le trataba como á la víctima cargada con todos los pecados del mundo, no ha tenido ya el sentimiento suave de esta divinidad viva en él, lo ha perdido—es espantoso—no es una herejía—es espantoso, lo repito, pero es la verdad—y de allí ese siniestro grito, lleno de angustia, salido de su pecho y caído de la cruz, como la última palabra del dolor humano: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis abandonado?"

Nosotros tenemos una idea de estos terrores de un sufrimiento infinito, cuando, en ciertas horas, nuestro espíritu ofuscando á nuestra voluntad, no sentimos á Dios en lo más íntimo de la conciencia. Sí, nosotros tenemos una idea de este minuto espantoso por el cual ha pasado Jesús y que sólo puede compararse á la condenación de las almas sumergidas para siempre en las tinieblas donde no brilla la voluntad de Dios, y ateridas por el hielo en que la caridad divina no penetra ya. No ciertamente porque su naturaleza humana y su naturaleza divina hayan estado desunidas;—no, ellos eran inseparables,—sino que la humanidad de Jesús no ha sentido ya, como nosotros podemos sentirlo, á Dios que estaba en ella.

Y ahora, en presencia del Crucificado, yo tengo el derecho de decir: No os quejeis, no os irriteis, vosotros los que llorais, vosotros los que agonizais, vosotros los que morís, miralde, arrojad hacia Dios el mismo grito que él ha lanzado; y ved si hay un dolor comparable al suyo! Lo que nosotras vemos de Dios, es un rayo; lo que sentimos

de Dios, es una gota de ambrosía, mientras que Jesús miraba al mismo sol y sentía un efluvio inmenso que rodeaba la tierra y el cielo. Comprended, pues, lo que experimentaríais cuando el sol se nubló y cuando ese efluvio, como un manantial interceptado, no lo embriagó ya con su dulzura infinita.

\* \* \*

Ya os he dicho que uno de los grandes suplicios de los crucificados era el suplicio de la sed: Jesús lo ha experimentado. Un momento después de haber sentido el abandono de Dios, su Padre, lanzó un grito: "¡Tengo sed!" Uno de los Evangelistas, testigo de la escena, la refiere e interpreta la palabra de Jesús. A fin de marcar bien que lo que pasó en la vida y en la muerte del Salvador estaba escrito de antemano, hace este comentario:

Jesús habiendo cumplido todas las cosas y queriendo que una palabra de la Escritura se cumpliera, dijo: ¡sed tengo!

La palabra de la Escritura, palabra profética, era que á Jesús crucificado debería dársele á beber vinagre. Los romanos preparaban dos clases de brebajes para los condenados que se destinaban al suplicio de la cruz. El primero, mezcla de incienso, mirra y vino, era un licor narcótico, que adormeciendo la sensibilidad del paciente, calmaba sus últimos dolores de agonía.

Cuando leáis la reseña de la pasión, os ruego que os fijéis en que ese brebaje fué presentado á Jesús en el instante mismo en que fué levantado sobre la cruz. Pero Jesús lo rehusó. Le era grato el soportar su suplicio en el pleno goce de su espíritu humano y saborear hasta las heces el caliz de sus dolores, sin atenuar la amargura.

El segundo brebaje, destinado á la tropa y aún á los condenados, cuando estos iban á morir, y con el que se humedecían los secos y ardientes labios, era vinagre, una especie de vino ácido. Cuando Jesús dijo: ¡tengo sed! se presentó á sus labios una esponja húmeda y entonces quedó cumplida la última palabra que la Escritura había dicho de El, que se le daría á beber vinagre.

Esta sed de Jesús tiene un sentido profundo. Cuando él lanzó este grito: "Sitio," no tradujo solamente el horrible suplicio del crucificado, expresó más bien la sed interior del alma, el fuego de sus deseos y de su amor ardiente; y esta sed era más ardorosa y más devorante aún que la otra.

¿Qué es lo que Jesús quería pues y á qué aspiraba su amor tan ardiente sobre la cruz, antes de exhalar el último suspiro?

Lo que ha querido hermanos, míos, es á vosotros, es á nosotros, es á la humanidad entera, es comunicarnos, es comunicarnos á todos, la vida divina de que tenía la plenitud.

¿Podeis formaros una idea de la sed que devora á un espíritu convencido, del ardoroso deseo que arrastra á una alma en que la fe vive como un fuego terrible? Es difícil en estos tiempos de anemia en que para ser sabio parece preciso ahogar todo deseo; en esta época en que el escepticismo ha conservado tantas inteligencias; en que la vehemencia de los apetitos terrestres ha extinguido las aspiraciones superiores; en que se buscan vanamente esas nobles naturalezas incoercibles que no creen en lo imposible. La sed de los corazones buenos, honrados, virtuosos, abrasados del deseo de difundir sus conocimientos y de hacer que reinen la justicia y la verdad, no consume ya á nuestras desazonadas naturalezas. Ciertamente, puede hablarse de desazón ante Aquel que ha venido para darnos la

intensidad de la vida divina; y, si somos á tal grado materiales que no podamos comprender la santa locura de la verdad, la santa avidez de la justicia y del progreso, si nos llamamos "*Conservadores*," como si la palabra "Conservar" fuera una palabra evangélica, siendo por el contrario la negación del Evangelio, si nos llamamos "Conservadores" en vez de llamarnos "progresistas," insaciables de vida, es que en verdad, la Fe no nos devora.

Conservarse... dejad eso á Dios, porque él es el Infinito; pero vos, vos cuya verdad es relativa, cuya justicia es limitada, vos que estais en movimiento, debeis avanzar siempre.

¿Teneis la revelación, decis? ¿Pero la revelación no se engrandece en sus efectos y aplicaciones con esta especie de fiebre que comunica á la humanidad? ¿Qué quereis, pues "conservar?" Vuestras imperfecciones, vuestros límites, vuestras miserias? Eso es hacer traición á Dios que os ha criado para engrandeceros sin cesar. Y si vosotros os sustraeis á su divino impulso, Dios suscitará sedientos, insaciables, para perpetuar en la humanidad que debe y quiere engrandecerse, esta sed de que el Crucificado experimentó el suplicio y de la cual ha arrojado á la faz del cielo y de la tierra el grito penetrante, inmortal.

En esto, como en todo, él es nuestro modelo. Aunque hubiésemos de destruir las formas en las cuales habeis logrado modelar vuestra vida egoista y tranquila; aunque hubiésemos de inspiraros la convicción de que lo que es hoy, no existirá tal vez mañana, que vuestra tienda es efímera y que es necesario rodarla y transportarla á otro lugar; discípulos de Aquel que ha estado sediento de todo bien, de toda justicia y de toda perfección, nosotros os arrojaremos con él y después de él este grito conmovedor y terrible: "*¡Sitio!*"

Lo que ha manado de la boca del Crucificado no muere jamás; el grito, partido del Calvario, ha entrado en las entrañas mismas de la humanidad, de manera de ponerla en movimiento y si fuere preciso de fundirla, porque es una llama devorante y un movimiento irresistible.

¡Oh Jesús, bendito seais! Vuestras palabras hacen su efecto, á pesar de todo, porque ellas son espíritu y vida y nadie puede oprimir á la vida ni al espíritu.

A la hora en que Jesús pronunciaba esta palabra, nada de lo que él deseaba existía, y todo lo que existía estaba en contra de él: la multitud irritada y engañada, sus discípulos dispersos y consternados, las autoridades judías triunfantes, convencidas de haber exterminado á este hombre peligroso, perturbador, seductor, blasfemador y revolucionario; ellas eran felices y estaban satisfechas, persuadidos de que el drama del Calvario no tendría día siguiente y de que este sediento que agonizaba allí, moriría de sed. Lejos de morir, él ha vencido y nosotros vivimos por ella, porque ella ha encendido en nosotros la fiebre santa de todos los progresos, que son los irresistibles efectos de Aquel que, muriendo sobre la Cruz, nos ha dado el poder de soñar, de desear, de ambicionar todo y nosotros soñamos, deseamos y ambicionamos todo.

¡Oh Cristo! ¡sí, vosotros habeis tenido sed á esa hora! Pero, después, nosotros somos los que mitigamos vuestra sed. Cada vez que una alma viene á vos, es como un vaso de fresca agua de la Samaritana para el viajero fatigado. Para el Crucificado cuya lengua se pegaba al paladar, cada hombre convertido, cada pueblo convertido y cada nación convertida son fuentes de agua viva.

¡Ah! si en esta ciudad hubiese una congregación en derredor del Crucificado, y si de la multitud se elevase este gran grito, "*¡Sitio!*" decidme, ¿estariais inquietos y espan-

tados? No hay más que una cosa que espante, es el hombre cuando no está cerca de Dios, yo creo que teneis razón de estar temerosos, porque de todos los seres el más temible es él. ¿Quereis no tener ya miedo de los movimientos tumultuosos de las sociedades humanas? Venid cerca del Crucificado y mitigad su sed, entregándoos á él. El Calvario no ha sido jamás para ninguna alma ni para ningún pueblo una causa de espanto. Ha sido siempre el lugar de reconciliación; porque la Cruz es el árbol de paz á cuya sombra todos los humanos deben encontrarse tarde ó temprano, si quieren agruparse como hermanos.

\* \* \*

La sexta palabra de Jesús es esta: *Consummatum est*: ¡está consumado! Esta palabra debe ser la ley de la vida. Cuando una vida se extingue, es necesario poder decir, nó en un sentido banal y vano, sino en la plenitud de la expresión: Todo está consumado.

Ahora, hermanos míos, ¿que es lo que Jesús ha venido á hacer á este mundo? El lo ha dicho con frecuencia: á cumplir la obra que el Padre celestial le había encomendado, obra de salud indicada suficientemente por su nombre de Salvador. El ha venido á enseñar á los hombres la verdad; á darles el ejemplo de la virtud; á comunicarles la vida eterna, el espíritu mismo de Dios.

Para dar cima á esta obra, era evidentemente necesario rendir testimonio á la verdad, presentar el modelo de una vida absolutamente santa y entrar por el medio que está solo á la disposición de Dios en la conciencia de los hombres, para inocularles el espíritu de Dios.

De esta manera, Jesús era el verdaderamente salvador

de la humanidad. Porque, ¿qué cosa es lo que mata á la humanidad? Es la ignorancia de la verdad, es el vicio y todos los males que él engendra; es la privación del espíritu divino ó de la fuerza por medio de la cual podemos luchar contra los males y los vicios que nos devoran y contra las tinieblas que invaden nuestro espíritu.

Hé aquí por qué Jesús era—y él lo decía frecuentemente—el testigo de la verdad, el ejemplo dado á todos los que querían seguir el bien. Hé aquí por qué él se ha llamado la fuente de agua viva que apaga la sed, el manantial del espíritu que debe inundar al mundo y traerle la vida eterna.

Por consiguiente, cuando en la cruz, Jesús dijo esta gran palabra: ¡Está consumado! *Consumatum est!* quiso decir: Yo he rendido testimonio á la verdad, os he mostrado la vía, os he abierto el manantial del espíritu de Dios del cual yo tenía la plenitud.

¿Y cómo ha hecho esto, hermanos míos? Por el dolor.

El dolor es la grande enseñanza. Nosotros los humanos—incluso Jesús—no podemos llevar nada á cabo sin el dolor, ¡nada! Sin él, falta á cualquiera obra el sello final. El poeta que no ha sufrido no sacará jamás de su lira el sonido más conmovedor, el más sublime; el sabio, el investigador que no ha sufrido, para conquistar la naturaleza y forzar las puertas de las cuales ella oculta sus secretos, encontrará rebelde á la naturaleza y selladas sus puertas. El filósofo que no ha sufrido, que no ha hecho más que sistemar sus pequeñas ideas, que ha hablado de pesimismo, después de haber llevado una vida alegre y tranquila—que ha hablado de idealismo, después de haber vivido como un simple mortal en contacto con la realidad brutal y sensible,—que ha hablado de positivismo, después de haber suprimido alegremente las fuerzas superiores, cuya acción